



# DEMISIONES

## San Francisco Javier y China

A buen seguro que en la actual confusión de encontrados pareceres a que da lugar el conflicto chino-japonés, nuestros lectores de SIC gustarán de encontrar juntos los principales textos que nos descubren las relaciones del gran Apóstol del Extremo-Oriente con el pueblo chino. Están tomados de la estupenda publicación de los PP. Españoles, Monumenta Xaveriana (1). Es por demás interesante, al recorrer el epistolario del Santo, echar de ver que precisamente en su estancia en el Japón, Javier parece haber concebido la primera idea de evangelizar a China; contraste que en las actuales circunstancias proyecta un muy marcado relieve de luces y sombras. En sus discusiones con los bonzos, Javier se admiró sobremanera de la gran estima en que tenían la literatura y la filosofía del gran imperio vecino, de donde había venido al Japón toda su civilización. La opinión que sacó de las conversaciones con los japoneses, la expresa el Santo en una carta a los jesuitas de Goa, fechada en Kangoxima a 20—XI—1550. "Tienen los japoneses a los chinas por hombres muy sabios, así en las cosas de las leyes y del otro mundo como en las de la gobernación de las repúblicas; y así una de las preguntas que nos hacían en las cosas de la ley de Dios y creación del mundo, era que si aquello era así, cómo no lo sabían los chinas" (2). Los datos que Javier iba recogiendo sobre China y sus habitantes no podían serle más favorables. "Los portugueses que allí van nos dicen que éste (China) es el país de la justicia, superior a todo lo demás que se ve en toda la cristiandad. Los chinas que he encontrado en Japón y en otras partes son muy finos, muy industriosos, mucho más que los japoneses, y hombres de trabajo" (3). Más adelante, después de haber obtenido noticias más concretas, expresa así su juicio sobre China, en carta escrita a S. Ignacio desde Cochín a 29-I-52. "La China es una tierra muy grandísima, pacífica y gobernada con grandes leyes: hay un solo rey,

y es en grande manera obedecido. Es riquísimo reino y abundantísimo de todos los mantenimientos: no hay sino una pequeña travesía de China a Japón. Estos chinas son muy ingeniosos y dados a estudios, principalmente a las leyes humanas sobre la gobernación de la república: son muy deseosos de saber. Es gente blanca, sin barba, los ojos muy pequeños; es gente liberal, sobre todo muy pacífica. Este año de 52 (1552) espero de ir a la China, por el grande servicio de Dios nuestro Señor que se puede seguir así en la China como en el Japón; porque sabiendo los japoneses que la ley de Dios reciben los chinas, han de perder más presto la fe que tienen a sus sectas. Grande esperanza tengo que así los chinas como los japoneses, por la Compañía del nombre de Jesús, han de salir de sus idolatrías, y adorar a Dios y a Jesucristo, Salvador de todas las gentes" (4).

Después de disponer las cosas de la India, S. Francisco Javier ardía en deseos de ir y entrar en China; de ahí que sus cartas escritas después de su partida de Goa (14 de abril del 52), ya a S. Ignacio, ya a Coimbra, y aun a los mismos de Goa, sólo respiraban el deseo ferviente de poder entrar en China para predicar a Jesucristo. Y así escribiendo al P. Simón Rodríguez le dice: "... Ahora os hago saber cómo de aquí a ocho días me parto para la China. Vamos tres compañeros, dos PP. y un lego: vamos con mucha esperanza que Dios nuestro Señor por su misericordia se querrá servir de nosotros. De Malaca os escribiré muy largo de nuestro viaje para China (5)". Y más adelante continúa: "... Hermano mío, Maestro Simón; si Dios nuestro Señor fuere servido de manifestarse entre gente tan discreta e ingeniosa, pareceme que nunca deberéis dejar de venir a China a cumplir vuestros santos deseos; y si Dios allí me llevare, os escribiré muy por menudo la disposición de la tierra (6)". Y en el ánimo de Javier era tanta la obsesión por China, que ya antes de entrar daba órdenes para que se reclutase gente para la Misión que pensaba abrir.

(1) Monumenta Xaveriana, Madrid, 1899 sqq. (en la colección MHSJ).

(2) Mon. Xav., t. I, 663.

(3) Mon. Xav., t. I, 694.

(4) Mon. Xav., t. I, 672.

(5) Mon. Xav., t. I, 723.

(6) Mon. Xav., t. I, 728.

## MISIONES

"Oh Hermanos, os encomiendo qué despachéis para Roma la presente, de suerte que dentro de un año venga con muchos PP.; porque si en China se abre camino para manifestarse la fé de nuestro Señor Jesucristo, y a mí Dios me da vida para algunos años, podrá ser que de aquí a tres o cuatro años torne a la India a buscar PP. y HH., para con ellos tornar a acabar los días de vida en China (7)". Y termina la carta con un apretado ruego: "... así acabo rogando a Dios nuestro Señor que, si fuere más su servicio, que algún día nos juntemos en China; y si allá no fuere, será en la gloria del paraíso, que será con mayor descanso de lo que en esta vida (8)".

De todos es conocida la empresa que llevó a cabo el Apóstol de las Indias para poder entrar en China: hacer que el Virrey de la India, D. Alonso de Noronha diera patentes de embajador a un comerciante rico, amigo del Santo, con quien iría a China formando parte de la embajada. Pero los móviles por los que iba Javier eran más altos que los de un tratado puramente de amistad y comercio. En carta al Rey de Portugal, D. Juan III, escribe: "Esta escribo ahora de Goa, estando para partirme a la China con un Hermano, Alvaro Ferreira, de la Compañía, y con Diego Pereira, que va a aquellas partes por embajador de V. A. con un grande presente de muy ricas piezas, y entre ellas una que no tiene precio, y que nunca le fué enviada de ningún rey ni señor, que es la fé y ley de Jesucristo nuestro Redentor; presente que V. A. le envía, que si él lo conociera, lo estimara más que ser Rey de la China, tan poderoso como es... El embajador va a asentar las paces entre V. A. y el Rey de China; y nosotros los de la Compañía, vamos a pregonar guerra contra los demonios y aquellos que los adoran... Grande atrevimiento parece este, Señor, ir a tierra ajena, a rey extraño y tan poderoso, y hablar verdades que son tan peligrosas en nuestro tiempo aun entre los reyes y príncipes cristianos, cuánto más entre gentiles; mas una sola cosa nos da ánimo y fuerza para lo hacer, y es que el mismo Señor es el blanco y fin de nuestras intenciones, el cual se ha dignado por sú bondad de poner en nosotros la mucha confianza que tenemos, no dudando que su divino poder es mayor sin comparación que el del rey de la China, ni de todos los poderes del mundo (9)".

El 15 de abril dejaba Javier Goa, y después de detenerse algún tiempo en Cochín y arreglar diversos negocios, llegaba a Malaca a fines del mes de junio. La envidia del Gobernador de Malaca, Alvaro de Ataíde, hizo fracasar todos los planes de la embajada. Furioso de ver a un ordinario mercader obtener el honor y los provechos de aquella embajada que se anunciaba tan brillante, re-tuvo por fútiles razones a Diego Pereira en Malaca, y no

autorizó la partida de la embarcación "Santa Cruz" para China, si no después de haber puesto al frente del navío a gente de toda su confianza. El temor de las censuras que Javier, en calidad de Nuncio Apostólico, significó al Gobernador no hicieron mella en el ánimo obstinado de Ataíde; se vengó haciendo que los suyos insultasen al Santo. Después de un mes de espera en Malaca, Javier tuvo que renunciar a entrar en China, formando parte del Embajador del Rey de Portugal; no le quedaba otro medio que el de introducirse secretamente, exponiéndose a los mayores peligros. Y Javier estaba dispuesto a dar su vida por llevar a los chinos la fé católica; y así su esperanza en Dios se agrandaba más y más.

Llegado al estrecho de Singapur, el 21 de julio escribía al P. Barceo: "No podréis creer cuán perseguido fuí en Malaca: particularmente no os escribo las persecuciones; al P. Francisco Pérez tengo encargado os escriba en particular de todo, y acerca de las excomuniones que ha incurrido D. Alvaro en impedir la ida a China, de tanto servicio de Dios y acrecentamiento de nuestra fé... Voy a las islas de Cantón, desamparado de todo favor humano, con esperanza de que algún moro gentil me lleve a tierra firme de China (10)". A mediados del mes de octubre de 1552 llegaba S. Francisco Javier, a bordo de la "Santa Cruz", a vista del inmenso imperio Chino. Allí se encontraban anclados varios navíos portugueses; y Javier encontró entre ellos algunos amigos muy afectos que le festejaron a su arribo. Excluidos del imperio chino, los portugueses no podían traficar con los indígenas, sino por medio del contrabando, sobre el cual los mismos Mandarines de Cantón, por las ganancias que reportaban, cerraban los ojos; barcazas chinas venían a la isla de Sanción trayendo los productos locales y se volvían cargados de las mercancías que allí llevaban los navíos portugueses. No bien hubo desembarcado en la isla, Javier, sin dejar un momento su apostolado activo entre los portugueses, trabó amistad con algunos mercaderes chinos, y se esforzó por hallar uno que consintiera en llevarle a tierra firme; mas casi todos declaraban francamente que no se atrevían a poner en peligro sus cabezas por haber introducido un extranjero en su patria. Una carta, fechada a 22 del mismo mes de octubre, nos dará idea de los sentimientos que embargaban entonces el ardoroso pecho del Apóstol. "Fué Dios nuestro Señor servido traernos a salvamento a esta isla de Sanción, que está treinta leguas de Cantón. Luego que aquí llegamos hicimos una iglesia, y dije en ella misa cada día, hasta que adolecí de unas calenturas... Pero con todo esto, plugo al Señor que se ofreció un mercader honrado a llevarme (a Cantón) por 200 cruzados, que los portugueses para ello me dieron de limosna, en una embarcación pequeña (11)". Y después de considerar los

(7) Mon. Xav., t. I, 730.

(8) Mon. Xav., t. I, 735.

(9) Mon. Xav., t. I, 741.

(10) Mon. Xav., t. I, 765-6.

(11) Mon. Xav., t. I, 786.

peligros de cuerpo y alma que en la tal empresa halla, continúa: "...y así estamos determinados de entrar en el reino de la China por todas las vías posibles, si el Señor otra cosa no ordenare; porque esperamos en El que esta entrada ha de ser para mucho servicio suyo y acrecentamiento de nuestra santa fé, por más que los enemigos y sus ministros nos lo impidan; porque "si Deus pro nobis, quis contra nos? (12)". Los mercaderes chinas muestran holgarse mucho de que entremos en su reino, pareciéndoles que llevamos alguna grande ley escrita en nuestros libros, mejor que la suya. Cada día estoy esperando por el china que me ha de llevar, que de Cantón venga. Flega a Dios que venga, como yo deseo (13)".

El navío que había conducido al Santo hasta la isla de Sanción, se volvía llevando al solo compañero europeo que Javier había retenido consigo, el Hermano Alvaro Ferreira, de muy débil complexión para afrontar los trabajos y peligros de la empresa; Javier se quedaba con solo dos criados, el malabar Cristóbal y el joven chino Antonio de Santa Fé, alumno que fué del Colegio de Goa. Los navíos portugueses acabados sus negocios, se iban marchando uno tras otro; tan solo quedaban allí a fines de noviembre el navío "Santa Cruz". Llegada la fecha fijada por el chino, éste no apareció, y Javier perdía ya toda esperanza humana de desembarcar sobre la costa cantonesa. "Diríase que entonces las esperanzas que daban al pobre cuerpo gastado un vigor ficticio, faltándole todas de un golpe, el organismo recayó sobre sí mismo, para siempre impotente (14)".

En medio de tantas vicisitudes y de que se le cerraba la puerta de entrada en China, aún seguía el Santo alimentando en su pecho los mejores deseos. A 25 de octubre escribía al P. Barceo: "Por noticia cierta tengo que este rey de China tiene mandados fuera de su reino ciertas personas a una tierra para saber cómo se rigen y gobiernan, y las leyes que tienen: por donde me dicen estos señores que el rey ha de holgar de ver una ley nueva en su tierra. No bien pase allá, os escribiré largamente. Nuestro Señor nos junte en la gloria del paraíso (15)". Y que el Santo no se forjaba vanas ilusiones sobre su suerte futura, lo demuestra bien claro las últimas líneas con que terminaba una carta, fechada a 12 de noviembre, a su amigo Diego Pereira: "...; aunque si en él entro (en China), paréceme que me hallará V. m. en uno de dos sitios, o en Peking, que es la corte donde el rey siempre está, o cautivo en la cárcel de Cantón, lo cual parece más cierto (16)".

Pasaban los días, y aún no vislumbraba el Santo modo de entrar en su tan suspirada tierra de China, que ya sus ojos veían. Y tales debieron ser los impedimentos

que obstaculizaban el logro de sus más caros deseos, que en una de sus últimas cartas, de 13 de noviembre, se expresaba así: "...No sabré decir cuánto siente el demonio que los de la Compañía entren en China: esto os puedo certificar, y en ello no pongáis duda: que en extremo le pesa al enemigo de nuestra entrada en este reino, porque los impedimentos, que en esto tiene puestos y cada día pone, sería largo escribirlos. Pero esto tened por cierto, que con ayuda de nuestro Señor, ha de quedar confundido en esta parte por Jesucristo nuestro Redentor; y será grande gloria suya, por unos instrumentos tan viles y flacos como nosotros, confundir una opinión tan grande como es la del demonio (17)". Esta fué la última carta que el santo Apóstol escribió desde y en China dos semanas antes de ir a recoger en el cielo el premio a sus fatigas y sudores. Y como bien nota Souza (18), se advierten en élla tres circunstancias que no se hallan en las otras. La primera es ser de letra mucho más legible y por distinto amanuense de las que escribió después de partirse de Malaca; la segunda, comenzar por el nombre de Jesús, y no por aquella fórmula tan usada de los varones espirituales, a saber: "La gracia y amor de Cristo, etc."; la tercera es más de notar, y es ponerse a corregir con mucho cuidado todos los errores del amanuense por su propia mano, cosa que no se ve en las otras cartas, que aún se conservan en el archivo de Goa.

Javier se sintió enfermo; y en efecto unas calenturas muy altas, tal vez pleuresía, le hicieron guardar cama. Falso de todo, sufriendo de frío y hambre, en la pobre cabaña que le servía de casa, el 22 de noviembre se determinó trasladarse a bordo de la "Santa Cruz"; pero el balanceo del barco le hacía intolerable su estancia en él, y de nuevo al día siguiente se hizo llevar a tierra. La fiebre aumentaba por momentos en grados alarmantes; en medio de algunos ataques de delirio se le oía exclamar: "Jesús, Hijo de David, tén misericordia de mí"; Javier iba apagándose a esta vida. Durante tres días quedó sin habla y sin conocimiento. El 1º de diciembre le vino de nuevo el uso de la palabra, y se le oía repetir: "Santisima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo". El joven chino Antonio, que se hallaba presente, contaba más tarde: "Con estas palabras y semejantes permaneció hasta el viernes por la noche. Y un poco antes de la aurora, como iba ya apagándose, yo le puse una vela en la mano; y con el nombre de Jesús en los labios, entregó su alma. Esto fué un sábado, antes de la aurora, el 3 de diciembre del año 1552 (19)".

La visión certera de Javier sobre China no ha fallado: los Misioneros que han seguido sus huellas están recogiendo a manos llenas lo que sus sufrimientos padecidos por este noble pueblo sembraron.

(12) Epis. ad Rom. VIII, 31.

(13) Mon. Xav., t. I, 788-9.

(14) P. Brou, Saint Francois X., t. II.

(15) Mon. Xav., t. I, 795.

(16) Mon. Xav., t. I, 805.

(17) Mon. Xav., t. I, 806.

(18) Souza, Oriente Conq. I, part. conq. IV, div. I, n. 98.

(19) P. Cros, S. Francois Xavier, t. II, 348.